



LLUÍS PLA VARGAS, *Se quiere otra vida. Fragmentos de filosofía aplicada*, Irrecuperables Ediciones, Barcelona, 2025, ISBN: 978-84-85209-97-2.

“¿Se quiere otra vida? ¿Quién quiere otra vida?”, exclamaría cualquier persona al leer tal título. Podríamos perdonar al autor la elección de una frase así, vaga e imprecisa, pues homenajea a Franco Battiato y su canción *Ci vuole un'altra vita*, pero, en cierta manera, el uso del pronombre “se” como sujeto impersonal es ya una declaración de intenciones. *Se quiere otra vida* es un compendio de ensayos breves que podría enmarcarse en lo que algunos llaman filosofía práctica o, en su formulación clásica, filosofía como arte de vivir. En conjunto, el volumen, compuesto de textos que no superan las cuatro o cinco páginas, ofrece un retrato crítico del mundo contemporáneo en su vertiente política, estética e incluso íntima. El estilo es más bien periodístico y los temas sobre los que se reflexiona podrían también encontrarse en un artículo de opinión. Sin embargo, *Se quiere otra vida* tiene una clara inspiración y proyección filosófica. Empezando por la cuestión del sujeto del título, no es descabellado pensar que su intención sea invitar al lector a preguntarse quién quiere otra vida: ¿el autor para sí mismo?, ¿el autor para los lectores?, ¿el lector para sí mismo? De hecho, en cierto sentido, la lectura de *Se quiere otra vida* sin realizarse esta pregunta está condenada al fracaso. No es un libro escrito por y para la expresión del autor, sino uno con la intención de “revelar a aquellos y a aquellas que no quieren otra vida por qué puede valer la pena quererla” (p. 21). Por esta razón, la cuestión del sujeto es importante. Tan importante como el hecho de que, con buscar otra vida, Lluís Pla no anima a un escape de la realidad sino a un contacto pleno con esta misma, con la única realidad que podemos cambiar con ayuda de la imaginación y los deseos adecuados. Hablamos de un libro, por tanto, que quiere desmentir que “así es la vida, esta es la vida que tenemos, la que nos han impuesto, la que hemos heredado, no probablemente la que una vez quisimos tener” (p. 15). En todo caso, diciéndolo con Thoreau, de lo único que debemos escapar es de una vida de tranquila desesperación. ¿Nuestra sociedad carece de vigor o, como dice el autor, “somos los torvos depositarios de un orden social, cultural, política y ecológicamente enfermo... [al que] nos negamos a poner remedio”? (p. 19). Durante todo el libro, es palpable cierta tensión entre la responsabilidad del individuo de resistir a la inercia y la posibilidad de admitir que, en el mundo contemporáneo, por mucho que busquemos otra vida, hay batallas que nos sobrepasan. Una que, desde luego, el autor no está decidido a perder es contra el nihilismo, en términos del libro, “la condición humana contemporánea tal como se manifiesta, esto es, carente de vigor, moralmente hipócrita, irresponsablemente hedonista o meramente acomodaticia” (p. 18).

En los veintidós ensayos de *Se quiere otra vida*, Lluís Pla examina fenómenos como el populismo, la omnipresencia de la publicidad o el impacto de las nuevas tecnologías en las relaciones sociales. Siendo un libro que reúne textos escritos a lo largo de los años, podríamos decir que posee tintes autobiográficos. La preferencia por

autores como Adorno y Max Weber nos lleva a hablar de la sociedad de consumo y de la vocación del político, de la misma manera que la lectura de Platón, Virgilio u otros poetas contemporáneos nos recuerdan que en la vida bajo el capitalismo todavía son necesarias las viejas preguntas acerca de la justicia, la belleza y cuál es la vida que merece la pena ser vivida. En suma, lo que encontramos son pequeños análisis en los que se entrelazan lo cotidiano y lo académico; análisis que prueban que el filósofo nunca es superficial, pues no puede limitarse a contemplar sin preguntarse qué sucede tras bambalinas. Sería interesante saber cuál es la razón de que los capítulos estén ordenados como lo están, sin seguir un orden cronológico ni estar agrupados por temática, cuando podríamos distinguir una serie de ensayos orientados a la vida pública y otros a la vida privada.

La cuestión de la coherencia es capital. Cuando uno lee los diálogos platónicos o *Walden*, obras que influyeron en la escritura del volumen a reseñar como puede comprobarse en el prefacio, parte de la confianza que se deposita en el personaje Sócrates o en Thoreau es que ambos fueron coherentes con sus ideas, es decir, que vivieron, murieron y fueron puntualmente encarcelados de acuerdo con ellas. Cabe preguntarse, por tanto, si *Se quiere otra vida* es un libro coherente. No necesariamente con la vida de su autor sino consigo mismo, con lo que se propone y con las herramientas que despliega para convencer al lector de que, como se nos dice en el prólogo, deje el libro a medias y empiece a pensar y, con ello, a vivir una vida examinada. En el ensayo *En defensa del filosofar*, leemos: “No obstante, el acento reivindicativo de esta nota quiere descansar no en el pasado sino en el futuro” (p. 63). Diríamos que esta idea debería extenderse a todo el libro si, como hemos dicho al principio, imaginar otra vida no es un gesto, en el fondo, reaccionario. Las intenciones del autor son claras, pero su ejecución no lo es tanto. La nostalgia y la sensación de que el tiempo ha pasado nos acompaña durante todo el libro. Mirar al pasado es reconfortante en el contexto de capítulos como *Cicely*, en el que el autor rememora cómo *Doctor en Alaska* fue su Arcadia juvenil (y una oportunidad de pensar en la importancia de la comunidad), así como en *La lira de Horacio*, donde reflexiona sobre el deterioro del cuerpo y la pérdida de libertad que esto conlleva. Sin embargo, este mismo tono nostálgico puede volverse oscuro. Pensemos en *Solenioide como evangelio posmoderno*, en cuyas páginas el autor repite la idea de huir una y otra vez siguiendo a Mircea Cartarescu, para quien “el arte no tiene sentido si no es huida”. El hecho de definir el teléfono móvil como una “jaula miniaturizada” (p. 115), de afirmar que “las pantallas se han convertido en agujeros negros” (p. 167), de concluir acerca de la publicidad que “incluso sus críticos más feroces e implacables, llegado el momento, deberán recurrir a ella” (p. 130), ¿no viene a decirnos que “otra vida”, en última instancia, siempre pasará por rechazar (o, al menos, sospechar) de la tecnología, de renegar del entorno digital en el que las nuevas generaciones, inevitablemente, están creciendo? Cabe anotar que en el ensayo *Los márgenes de la crítica*, dice el autor que “este no es un conflicto entre los viejos y buenos tiempos analógicos y la contemporaneidad digital despiadada” (p. 31), pero, en otras ocasiones, el libro deja un regusto amargo y la sensación de limitarse a mirar un pasado que, como el propio autor reconoce, no volverá y, por tanto, no está claro hasta qué punto es provechoso utilizar como horizonte. En el fondo, el problema de la coherencia es también un problema de superficialidad. Con esto no queremos decir que el libro sea superficial, sino que la superficialidad es otro de los riesgos que corre. Capítulos como *El retorno del objetivismo*, en el que se sugiere que detrás de un “esto es lo que hay” lo que se está queriendo decir es que “esto es lo único que puede haber” (p. 40), o *La obra de nuestras necesidades*, en el que se discute si son compatibles la globalización, la democracia y la nación Estado, no son precisamente superficiales dada su extensión.

En estos capítulos, no obstante, cabría preguntarse si la superficialidad no se convierte, diciéndolo con Hannah Arendt, en barandillas, pues a lo largo del volumen se hace referencia a ciertos movimientos sociales. En *Una apología de la conformidad*, el autor comparte con Foucault la idea de que filosofar consiste en “saber cómo y hasta dónde pensar distinto” (p. 28), pero eso no evita que podamos preguntarnos si el ecologismo, el feminismo o el republicanismo solo pueden ser pensados como lo han sido hasta ahora.

De nuestros comentarios, entiéndase que sí, se quiere otra vida, y quizás esta sea la razón de que algunos pasajes no terminen de satisfacernos. En parte, está bien que sea así, pues su subtítulo no deja de ser *Fragmentos de filosofía aplicada*, esto es, de una filosofía que tarde o temprano desborda el papel.

Eric Jiayu Martos García